

atiene siempre al síntoma material en cuanto al sentido fundamental de la expresión de las emociones, y sobre todo con preferencia á los movimientos de expresión, se verá en seguida de qué manera el hombre se orienta en medio de estos síntomas y cómo, gracias á ellos, todos los procesos internos han recibido su característica y su limitación con relación á otros procesos análogos; no es posible, pues, concebir la esperanza de llegar á obtener, en la teoría de los movimientos del alma, resultados importantes de una naturaleza cualquiera, á menos de estudiar sus síntomas con un cuidado minucioso.

De este modo volvemos á un método psicológico que se pudiera llamar materialista si no hubiese en este epíteto una relación con el fundamento de toda la concepción del mundo, de la que en modo alguno se hace cuestión aquí; es preferible, pues, hablar de un «método somático», que es el único que promete éxitos en la mayor parte de los dominios de la psicología; este método pide que en las investigaciones psicológicas nos atengamos todo lo posible á los hechos materiales, unidos indisoluble y forzosamente á los fenómenos psíquicos; pero, al emplearle, no estamos en modo alguno condenados á considerar estos hechos como siendo la última razón de los fenómenos psíquicos ó como lo único que existe, como hace el materialismo; no hay que dejarse ofuscar por el reducido número de los terrenos inaccesibles hasta aquí al método somático, hasta el punto de creer que haya ahí un proceso psíquico sin fundamento fisiológico; se puede, en efecto, desarrollar especulativamente la teoría de la sucesión de las representaciones, es decir, de la influencia ejercida en las representaciones subsiguientes por las que ya existen ó que acaban de entrar en la conciencia; hasta se puede, en una medida mucho mayor que en el pasado, apoyarse en la experimentación y en la observación sin preocuparse de la base fisiológica; así, el juego de los mnemotécnicos, que retienen una serie cualquiera de pa-

labras por medio de la intercalación en el pensamiento de ciertas palabras de unión, puede quizá ser tratado como un importante experimento psicológico, cuyo valor, como el de todo experimento, es independiente de la explicación que se le dé.

Se puede, por el procedimiento empírico, construir una teoría completa de las faltas de ortografía ó, como ha hecho Drobisch, reducir á relaciones numéricas determinada la inclinación que lleva á un poeta á formas de versificación más ó menos difíciles (21), sin tener en cuenta para nada el cerebro y los nervios; aquí un crítico pudiera atreverse á decir: Es preciso, ó bien admitir que el hecho es independiente de las leyes de la fisiología ó que el método no es estrictamente científico, porque no se eleva hasta la causa supuesta de los fenómenos; pero este dilema estaría mal planteado, porque de los hechos adquiridos empíricamente, y aun las «leyes empíricas», sostienen sus derechos independientemente de la reducción á las causas de los fenómenos; además, se podrían apoyar en el mismo razonamiento para declarar insuficiente toda la fisiología de los nervios porque no ha sido aún reducida á la mecánica de los átomos, que debe ser la base última de toda explicación de los fenómenos de la naturaleza.

En Inglaterra, desde el tiempo de Dugald-Stewart y de Tomás Brown, la psicología estaba en buen camino de llegar á ser una ciencia empírica de la sucesión de las representaciones con la «psicología de la asociación»; esta última persigue el principio de asociación con talento y sagacidad al través de los terrenos más variados de la actividad psicológica; desde esta época los ingleses han tomado el gusto á la psicología y es incuestionable que el estudio de sus obras suministra al hombre de Estado, al artista, al profesor, al médico, etc., mayor abundancia de documentos para el conocimiento del hombre que pudiera hacerlo nuestra literatura psicológica alemana; tan dé-

bil es la seguridad crítica de los principios y la forma rigurosamente científica de esta última psicología; bajo esta relación, ningún progreso esencial se ha realizado en el fondo desde Brown y Stewart; lo que distingue á las obras recientes de Spencer y sobre todo de Bain es el partido que saben sacar de la anatomía y de la fisiología actuales y su tentativa enérgica en conciliar la psicología asociacionista con nuestro conocimiento del sistema nervioso y sus funciones.

Por sensata que sea la tendencia de estos esfuerzos, no se termina la demostración sin hipótesis aventuradas y sin que el edificio teórico reciba prolongaciones desprovistas de toda base experimental sólida. Hemos observado más arriba que relativamente á las funciones del cerebro pudiera ser, no la cuestión de la ciencia exacta, sino la explicación preparatoria, mostrar por una hipótesis completamente desarrollada cómo las cosas pudieran estar ligadas unas á otras; esta necesidad ha sido ampliamente satisfecha por Spencer y Bain, cuyas obras en este punto, vienen felizmente á completar la literatura alemana, á pesar de los ataques dirigidos contra el fundamento de esos sistemas por la crítica tan rigurosa como estéril de nuestros compatriotas. La diferencia entre el método psicológico inglés y el método psicológico alemán puede reducirse, efectivamente, á que los sabios alemanes despliegan toda su energía intelectual con el fin de obtener principios tan exactos y tan seguro como sea posible, mientras que los ingleses se esfuerzan ante todas las cosas en sacar de sus principios todo el partido que pueden sacar; esto se aplica lo mismo á la psicología de asociación como tal que á su confirmación por la fisiología.

En vez de mejorar la teoría de la asociación en sus fundamentos tan defectuosos, y en vez de dar al método de investigación formas más rigurosas, los escritores modernos no nos ofrecen más que largas demostraciones y

análisis, mientras que las bases son las mismas que las de sus antepasados. En diferentes puntos de Alemania se han atacado recientemente esas bases; principalmente, la explicación que predomina en Inglaterra de las representaciones de espacio por el principio de asociación, ha sido sometida á una crítica perfectamente legítima; esta crítica toca, sin embargo, un punto que es de la más alta importancia para la teoría del conocimiento, pero de un valor secundario para la fundación especial de la psicología empírica; esta explicación de las representaciones de espacio pudiera abandonarse sin que la psicología de asociación sufriera el menor perjuicio; hay, no obstante, otro punto que no sólo decide de la suerte de esta ciencia, sino que también es importante para las cuestiones fundamentales de las relaciones del cuerpo con el alma; y es la cuestión de saber si existe ó no, para la sucesión de las representaciones, una causalidad absoluta é inmanente.

El sentido de esta grave cuestión es fácil de comprender siempre que se eche una ojeada retrospectiva sobre Descartes y Leibniz. Entendemos por causalidad «inmanente» la que no tiene necesidad de intermediarios extraños; de este modo, el estado de la representación, en un momento dado, debe dejarse explicar únicamente por los estados representativos anteriores; en Descartes como en Leibniz, el alma con su contenido de representaciones forma un mundo completo en sí y separado del mundo de los cuerpos; el espíritu debe sacar de sí mismo hasta las representaciones que corresponden á una nueva impresión de los sentidos; pero, ¿según qué ley alternan los estados del alma?... esto es lo que queda obscuro; Descartes como Leibniz no reconocen, en cuanto al mundo de los cuerpos, más que un estricto mecanismo; este mecanismo no es aplicable al mundo de las representaciones, donde nada puede ser medido ni pesado; pero, ¿de qué naturaleza es este lazo de la causalidad que reúne aquí

los estados variables? A esto Descartes no ha dado respuesta alguna y Leibniz da una que es muy ingeniosa aunque insuficiente; coloca la causalidad de la representación en la relación de la mónada con el universo y en la armonía preestablecida; aunque la mónada no tiene «ventanas», lo que pasa en ella no está regido, sin embargo, por un principio inmanente, sino por la relación que tiene con el universo, relación accesible solamente á la especulación, no ó á la observación; por este lado, toda psicología empírica se hace imposible, y en el fondo no puede haber cuestión sobre las leyes de la asociación ni sobre otras leyes absolutas cualesquiera.

También la psicología de la asociación hace de buenas á primeras una excepción en sus esfuerzos por establecer una regular sucesión de representaciones; las percepciones de los sentidos, en la más lata acepción de la palabra, vienen de fuera, sin que se pregunte cómo esto es posible; consideradas desde el punto de vista del alma, son como criaturas sacadas de la nada, agentes nuevos surgiendo de una manera continua y que modifican notablemente el conjunto del mundo de las representaciones, pero que desde el momento de su aparición se someten á las leyes de la asociación; la dificultad encerrada en esta hipótesis fué fácilmente velada en Inglaterra por el materialismo tradicional que provenía de Hartley y de Priestley; los sucesores, que rechazaron las consecuencias de este materialismo, conservaron, no obstante, la comodidad de su modo de explicación sin pensar que un nuevo punto de vista entraña á su vez nuevos problemas. Stuart Mill ha tratado al detalle en su *Lógica* la cuestión aquí apuntada; se ataca á Comte que con una gran claridad declara que los estados del espíritu no tienen regularidad alguna inmanente, sino que son provocados sencillamente por los estados del cuerpo; á estos últimos pertenece la regularidad; si en los primeros se manifiesta la uniformidad en la serie de los fenómenos, esta uniformidad no es

más que derivada y no primitiva; por eso no es objeto de una ciencia posible; en una palabra: la psicología sólo se comprende como una parte de la fisiología.

En contra de esta teoría eminentemente materialista, Mill trata de defender los derechos de la psicología; abandona sin vacilación todo el dominio de las percepciones sensibles y así cree poder salvar la autonomía del saber relativo al pensamiento y á los movimientos del alma; las percepciones de los sentidos las deja á la fisiología; en cuanto á los otros fenómenos psíquicos, la fisiología nos explica muy poca cosa, por no decir nada en absoluto; en cambio la psicología de la asociación nos da á conocer, por el camino del empirismo metódico, una serie de leyes; contentémonos, pues, con estas leyes sin preocuparnos de saber si los fenómenos de la serie de los pensamientos aparecerán ó no más tarde como simples productos de la actividad del cerebro; así es como se descarta la cuestión metafísica y se garantizan á la psicología de la asociación por lo menos derechos provisionales; pero la cuestión más grave, y que necesita de la intervención de la crítica, no se discute; redoblando la atención, ¿no acabaremos por descubrir aun en la psicología de la asociación pruebas de que sus pretendidas leyes no tienen valor absoluto precisamente porque no representan más que una parte de las consecuencias de las leyes fisiológicas más profundas?

Herbert Spencer, acercándose á nuestro punto de vista, admite un materialismo del fenómeno cuyo valor relativo tiene sus límites en la ciencia de la naturaleza, y esos límites se encuentran en el pensamiento de un absoluto incognoscible; así ha podido colocarse tranquilamente al lado de Comte para lo que concierne al dominio de lo cognoscible; afirma, sin embargo, que la psicología es una ciencia única en su género y completamente independiente de toda otra esfera de conocimiento (22); llega á esta afirmación por el hecho de que sólo el elemento

psíquico no es dado inmediatamente, en tanto que el elemento físico no es más que supuesto y se deja por consecuencia resolver en cierto sentido en elemento psíquico. Efectivamente, nuestras representaciones de la materia y de sus movimientos no son más que una especie de representaciones; pero el sonido y el color, tales como se aparecen inmediatamente á nuestro espíritu, nos son, como los movimientos del alma, dados más pronto que la teoría de su nacimiento, resultado de vibraciones y procesos del cerebro; de ahí se sigue que el dominio de los fenómenos psíquicos posee la independencia que Spencer atribuye á la psicología; pero la cuestión precisamente está en saber si el dominio de los fenómenos psíquicos puede convertirse en un encadenamiento causal sin que sea necesario reducirlos á las teorías de las ciencias físicas.

Alejandro Bain prefiere someterse á un «materialismo prudente y moderado» que conserve la oposición entre el espíritu y la materia; según él, como según Spencer, el cuerpo es desde el punto de vista objetivo la misma cosa que el alma desde el punto de vista subjetivo en la conciencia inmediata del individuo; en virtud de este pensamiento, que se puede remontar hasta Espinosa y al que Kant daba el valor de una conjetura, Bain se deja arrastrar hasta admitir un paralelismo completo entre la actividad intelectual y la actividad nerviosa; según su teoría, cada excitación nerviosa tiene un «equivalente sensorial» (23); si fuera así, la conexión bajo la relación psíquica sería seguramente tan completa como bajo la relación física; pero esta teoría la contradicen los hechos. Ya la ley de la relatividad admitida por Bain, ley en virtud de la cual llegamos á una sensación consciente no tanto por la energía absoluta de la excitación como por el hecho de un cambio del estado de excitación, es inconciliable con el equivalente sensorial; porque es claro que, según esto, una sola y misma excitación ner-

viosa puede una vez provocar una sensación muy viva y otra vez no provocar ninguna; si, no obstante, por «equivalencia sensorial» quiere entenderse algo que pertenece al lado interno y subjetivo del fenómeno, pero que sin embargo no es una sensación propiamente dicha, se llegaría á las ideas inconscientes de las que hablaremos pronto.

Aquí la estricta validez de las leyes de asociación se hace también muy dudosa para nosotros; cierto que para marchar con paso seguro Spencer emplea aquí la fórmula mágica: «siendo todas las otras cosas iguales»; sin duda, si todas las demás circunstancias son absolutamente iguales, parecerá casi tan verdadero como un axioma que la impresión más viva debe grabarse más profundamente en la memoria; pero de ese modo el valor de la proposición casi por otra parte se reduce á cero. Si permaneciendo iguales todas las demás circunstancias se pretende que un navío más rápido llegará más pronto al fin ó que un fuego más intenso deberá dar más calor, esto significa que la rapidez del barco y la fuerza calórica del fuego ejercen en todas circunstancias su acción constante, pero que depende todavía de otras producir ó no cierto efecto exterior, como llegar al fin y caldear un aposento; de ese modo se enuncia una tesis general de gran alcance. Pero en el caso psicológico las cosas van de otra manera; es, por ejemplo, probable que la facultad de recordar esté determinada por la fuerza absoluta del proceso nervioso ó por la modificación orgánica durable que experimenta, mientras que la vivacidad de la representación correspondiente no depende más que de la fuerza relativa de la excitación; así tenemos con frecuencia en sueños representaciones de una vivacidad y claridad sorprendentes y, sin embargo, no podemos recordarlas sino difícilmente y sin la vivacidad del sueño; durante los sueños hay también corrientes nerviosas muy débiles que transmiten nuestras representaciones.

Si nos atenemos ahora literalmente á la fórmula condicional «siendo todas las cosas iguales», es decir, si nos limitamos á comparar un sueño con otro, ó en general estados determinados de excitación, la tesis de la psicología de la asociación podrá ser verdadera, pero entonces no tendrá evidentemente más que una importancia muy restringida; en el caso de los ejemplos físicos citados, el resultado: llegar al fin y calentar un aposento, no es más que un medio de hacerme comprender claramente la importancia constante de la rapidez y de la calefacción; ahora bien, este valor constante es precisamente uno de los factores que desaparece en el ejemplo psicológico; la vivacidad mayor de la representación no da en todas las circunstancias un contingente de fuerza igual para alcanzar el fin perseguido, porque este contingente puede ser muy grande en un caso y nulo en otro; podemos, por ejemplo, haber tenido en sueños representaciones muy vivas, de las cuales, no obstante, nos es imposible recordar ninguna circunstancia, á menos de que no podamos restablecer la situación en que nos hallábamos durante el sueño.

Un ejemplo podrá hacer comprender mejor todavía estas relaciones; un valor, en economía política, nace indudablemente de una serie de condiciones físicas entre las que el trabajo desempeña un papel preponderante; y no obstante, dicho valor no es proporcional al trabajo; las otras circunstancias, tales como principalmente la necesidad, vienen sólo de fuera á contribuir al resultado, como, por ejemplo, el viento y la temperatura que favorecen la rapidez de la navegación y que son indispensables para que se produzca un valor cualquiera; del mismo modo es menester el conjunto de la conciencia para que una excitación llegue á ser una sensación; por lo tanto, no existe ley de la «conservación del valor» que pueda corresponder á la ley física de la conservación del trabajo; y parece que no puede existir tampoco una ley de la

«conservación de la conciencia»; el contenido total de una representación puede caer de la mayor vivacidad á cero, en tanto que para las funciones correspondientes del cerebro la ley de la conservación de la energía tiene su valor; pero ¿qué llega á ser la posibilidad de una psicología de la asociación teniendo una exactitud cualquiera?

A pesar de esto, Stuart Mill tiene razón: en tanto que se pueda fundar real y empíricamente la teoría de la sucesión de las representaciones, hay derecho para proponerla como ciencia, cualquiera que pueda ser la base de las representaciones y su dependencia relativamente á las funciones del cerebro; no obstante los métodos empleados hasta aquí no nos preservan casi de ilusiones; tenemos algunas proposiciones muy generales que descansan en una inducción muy incompleta, y con su auxilio se cruza con extensos análisis el terreno de los fenómenos físicos para descubrir lo que se pudiera reducir á esas pretendidas leyes de la asociación; pero si en vez de limitarse á analizar las ideas generales de fenómenos físicos, se quiere abordar la vida y tratar de comprender la sucesión de las representaciones en casos determinados, tal, por ejemplo, como se ofrecen al médico alienista, al criminalista ó al pedagogo, no se puede en parte alguna dar un paso hacia adelante sin tropezar con las «representaciones inconscientes» que usurpan el curso de las representaciones completamente conforme á las leyes de la asociación, aunque, á decir verdad, no son en modo alguno tales representaciones, sino solamente funciones del cerebro semejantes á las que se refieren á la conciencia (24).

No obstante, al lado de la teoría de la sucesión de las representaciones tenemos aún otra esfera de la psicología empírica que es accesible á las investigaciones rigurosamente metódicas: es la estática antropológica, cuyo núcleo ha sido hasta hoy la estática moral. Aquí nos hallamos colocados en el verdadero dominio de lo que Kant llama

ba la «antropología pragmática», es decir, que ahora se trata de una ciencia del hombre considerado como un «ser actuando libremente»; por lo tanto no cabe dudar de la parte espiritual del hombre, aunque la estática no se preocupa en modo alguno de la distinción de alma y cuerpo; sólo registra las acciones y los acontecimientos humanos, y combinando estas notas permite echar muchas miradas, no sólo al mecanismo de la vida social, sino también á los motivos que dirigen los actos del individuo.

En realidad se puede utilizar casi toda la estática en provecho de la antropología exacta, y se engañaría quien creyese no poder deducir conclusiones psicológicas sino indicaciones sobre el número y la naturaleza de los crímenes y procesos, la multiplicación de los casos de suicidio ó de los nacimientos ilegítimos, los progresos de la instrucción, las producciones literarias, etc., etc.; combinando hábilmente sus valores y comparándolos entre sí se podrán sacar tesis de la estática moral, y tantas conclusiones como cuadros del comercio y la navegación, resúmenes de los transportes de personas y mercancías por los caminos de hierro, del término medio de las cosechas y de la cría del ganado, de los resultados de los derechos de sucesión y herencias, del número de matrimonios, etc., etc.; pero se suelen sacar con frecuencia demasiado á prisa ciertas conclusiones, apoyándose en esos datos de la estática moral, olvidándose tener en cuenta la diversidad de circunstancias y motivos, ó bien se le ha considerado al hombre desde el punto de vista de una psicología anticuada.

Un hombre eminente, Quételet, ha extendido muchas ideas falsas con su desdichada expresión de la «inclinación al crimen», aunque él mismo emplea esta frase para indicar sólo con un nombre cualquiera una idea matemática irreprochable en sí; cuanto menos pueda considerarse una verosimilitud cualquiera, obtenida por abstracción, como la propiedad objetiva de una cosa particular perte-

neciente á la clase á que se ha aplicado la abstracción, tanto menos se podrá pensar en descubrir, por el simple resultado de un cálculo de probabilidad, una inclinación al crimen, inclinación que tendría una importancia psicológica como factor real de los actos humanos; por eso la inclinación al crimen, al suicidio ó al matrimonio y á otros hechos estáticos de este género han sido muy á menudo tomados al pie de la letra únicamente, y, de la notable regularidad de las cifras que se reproducen todos los años, se ha deducido un fatalismo por lo menos tan extraño como la tentativa hecha por Quételet para salvar el libre albedrío manteniendo al propio tiempo la regularidad de la ley; porque Quételet, como una causa accidental cuya acción ya positiva ó negativa se neutraliza según la ley de los grandes números, hace obrar al libre albedrío, es decir, al libre albedrío tal como lo entiende la tradición escolar en Francia y Bélgica, en el interior de la vasta esfera de los acontecimientos sometidos á la regularidad demostrada de la ley.

Existen indudablemente voluntades individuales que obran de tal suerte que ó bien aumentan la cantidad del presupuesto anual de los actos deseados ó bien la disminuyen, lo que no impide al término medio ser, á fin de cuentas, más regular que el presupuesto de cualquier Estado; ahora bien, el término medio de las voluntades que representa también de una manera aproximada la gran masa de todos los impulsos de las voluntades individuales está determinado físicamente por las influencias de la edad, el sexo, el clima, la alimentación, el modo de trabajo, etc., etc.; ¿no se podía del mismo modo, sobre todo en otro terreno, concluir que el movimiento de las voluntades individuales está también regido físicamente? ¿no se supondría, por ejemplo, que este movimiento sea al término medio como la cantidad de lluvia caída el día 1.º de Mayo, ú otro día cualquiera, es al término medio de la lluvia que ha caído durante el año entero?

Y en realidad, prescindiendo del prejuicio escolástico, no existe el menor motivo para admitir, en esas fluctuaciones individuales paralelas á las numerosas causas accidentales y fáciles de observar físicamente, otra causa particular que tenga la propiedad de restringirse á una acción muy limitada y sea, á pesar de dicha restricción, independiente del encadenamiento general de las causas de las cosas; esa es una hipótesis completamente superflua, embarazosa, sin utilidad alguna y que ningún hombre sensato, cuanto más Quételet, fuera capaz de imaginar si no hubiese sido educado en medio de los prejuicios tradicionales de la escolástica.

Como desde hace mucho tiempo se está habituado en Alemania á la idea de la unidad del espíritu y la naturaleza, se comprenderá que á nuestros filósofos les haya afectado menos la contradicción entre los resultados de la estática y los de la vieja doctrina del libre albedrío. Wagner, en su hermoso trabajo (Hamburgo, 1864) sobre la regularidad de los actos humanos libres en apariencia, ha creído necesario censurar á nuestros filósofos de preocuparse tan poco de Quételet y sus investigaciones; pero esta censura no es justa del todo; hombres tales como Waitz, Drobisch, Lotze, etc., que Wagner supone que han debido tener en cuenta á Quételet, han sobrepujado de tal modo esta oposición entre la libertad y la necesidad, que les es ciertamente difícil colocarse en el punto de vista de los que encuentran aquí todavía un grave problema que resolver; podemos, pues, remitirnos á lo que dejamos dicho en el capítulo relativo á Kant sobre la cuestión del libre albedrío.

Entre la libertad como forma de la conciencia subjetiva y la necesidad como hecho de las investigaciones objetivas, no puede existir más contradicción que entre un color y un sonido; la misma vibración de una cuerda da á los ojos la imagen del movimiento oscilatorio, al cálculo un número determinado de vibraciones por segundo y

al oído un sonido único; pero esta unidad no contradice esta multiplicidad, y si la conciencia ordinaria atribuye al número de las vibraciones un más alto grado de realidad que al sonido, no merece censurarse demasiado. Por interesantes y sugestivas que puedan ser las investigaciones tan nuevas de Quételet, no interesan al filósofo ilustrado de Alemania á causa de sus relaciones con el libre albedrío, puesto que la determinación empírica y la rigurosa causalidad de todos los actos humanos, que Quételet no se atreve á afirmar por completo, pasan desde Kant por una cosa cierta y en cierto modo conocida y metódica.

Lo que también está puesto en orden completamente es que la importancia de la libertad se mantenga enfrente del fatalismo materialista, principalmente en el terreno de la moral; porque aquí no se trata ya solamente de sostener que la conciencia de la libertad es una realidad, sino también de que el curso de las representaciones, uniéndose á la conciencia de la libertad y de la responsabilidad, tiene para nuestros actos una importancia tan esencial como las representaciones, en las cuales una tentación, inclinación ó un atractivo natural hacia tal ó cual acto se ofrece en seguida á nuestra conciencia; cuando Wagner cree que es por repugnancia á las cifras y á los cuadros por lo que no se ha tenido en cuenta la estática moral, se engaña completamente; ¿cómo encontrar esa repugnancia en Drobisch, que no ha temido redactar cuadros para los valores hipotéticos de los fundamentos de su psicología matemática, y que, conociendo las investigaciones de Quételet, sabía comprenderlas y apreciarlas desde todos sus puntos de vista? Pero un filósofo alemán semejante es tanto más difícil de entender, aun para los lectores de una instrucción sólida, cuanto más lejos tiene de sus ojos y de su pensamiento los sistemas filosóficos y su encadenamiento histórico.

Así, por ejemplo, Drobisch dice en una breve y juiciosa crítica de las conclusiones de la estática moral: «En

todos estos hechos no se reflejan sólo las puras leyes de la naturaleza, bajo las cuales el hombre sucumbiría como bajo una fatalidad, sino también la situación moral de la sociedad, situación que está determinada por las poderosas influencias de la vida de familia, de la escuela, la iglesia, la legislación, etc., y que, por lo tanto, puede muy bien mejorarse por la voluntad de los hombres.» El que no conozca á fondo la psicología y la metafísica de Herbart, ¿no encontrará en estas palabras una apología del antiguo libre albedrío, tal como se debe esperar de un profesor francés? Y, no obstante, la voluntad humana, aun en el sistema á que Drobisch está afiliado, no es más que una consecuencia resultante, según la causalidad más rigurosa, de estados del alma que, á su vez y en último análisis, son producidos por su acción y reacción recíprocas sobre otros estados reales; después Drobisch se ha expresado de un modo profundo é inteligible para todos sus lectores en su disertación, publicada en 1867, sobre *la estática moral y el libre albedrío del hombre*; ha dilucidado las relaciones que existen entre la libertad y la necesidad natural, y ha suministrado al mismo tiempo documentos preciosos para la metodología de la estática moral.

En realidad Wagner hubiera podido aprender de Buckle, cuyos ingeniosos escritos le han servido y estimulado muchas veces, que la filosofía alemana se ha adelantado sobre todas las otras en la teoría del libre albedrío, adelantando que la permite contemplar tranquilamente la marcha de esos nuevos estudios; porque Buckle se apoya en primer término en Kant, cuyo testimonio presenta en favor de la necesidad empírica de las acciones humanas, desechando la teoría trascendental de la libertad.

Aunque, según esto, todo lo que el materialismo pueda sacar de la estática moral lo ha concedido ya Kant, que rechaza todo el resto (25), no es, sin embargo, indiferente para el valor práctico de la dirección materialista de una época, dirección opuesta al idealismo, saber si

la estática moral, y, como nosotros diríamos, la estática toda entera, debe ser puesta ó no á la cabeza de los estudios antropológicos; porque la estática moral considera, desde fuera, los hechos realmente apreciables de la vida, mientras que la filosofía alemana, á pesar de su perfecta convicción de la nulidad de la antigua teoría del libre albedrío, se complace todavía en no dirigir sus miradas más que al interior, á los hechos de conciencia; no es, sin embargo, más que con auxilio del primero de estos procedimientos como la ciencia puede esperar obtener poco á poco resultados de un valor durable.

Cierto que, bajo esta relación, los métodos se verán precisados á hacerse todavía mucho más sutiles y las conclusiones serán también mucho más circunspectas que las de Quételet, y desde este punto de vista se puede considerar la estática moral como una de las piedras de toque más delicadas para la inteligencia exenta de los prejuicios; así, por ejemplo, se continúa teniendo por un axioma que el número de los actos criminales que se producen anualmente en un país debe ser considerado como la medida de la moralidad de dicho país; nada más ilógico por poco que se posea acerca de la moralidad una idea que se eleve en cierto modo sobre la evitación prudente de las penas; por lo menos se debiera *a priori*, para encontrar un número en relación con la moralidad, dividir el número de los actos culpables por el de las ocasiones ó tentaciones, facilitando ó provocando esos actos; se comprenderá perfectamente que un cierto número de falsificaciones de billetes cualesquiera, en un distrito donde se hagan muchos negocios, no tiene tanta gravedad como el mismo número de falsificaciones en otro distrito de las mismas dimensiones pero donde la circulación de los billetes es una mitad menor. Ahora bien; la estática criminal no suministra más que el número absoluto de los casos, y, aun cuando hace mucho dando cifras comparativas, á lo sumo se indica como medida de apreciación el

número de los habitantes, pero no el de los actos ó circunstancias que pueden por abuso ser la causa del crimen.

Hay muchas especies de delitos para los cuales no se podría encontrar un denominador que sirva de término exacto de comparación, y no obstante existe una diferencia de desarrollo moral en los grupos de población que se quieren comparar, diferencia á la que no se podría atribuir en ambos casos la misma importancia moral y psicológica que al número comparativo de los delitos calculados por cabeza; como los autores de estática moral no tienen suficientemente en cuenta todavía este detalle, me permitiré señalar el hecho importante de esta evolución moral que he expuesto el primero en mi curso de estática moral de la universidad de Bonn, durante el invierno de 1857 á 1858, y del cual no he cesado desde entonces de comprobar su exactitud.

Si se compara el estado de una población de pastores que viven uniformemente, como pudiéramos encontrarlas en muchos departamentos de la Francia central, con el estado de una población arrastrada por el movimiento industrial, literario y político de las inteligencias, donde la vida cotidiana despierta por sí misma mayor cantidad de ideas, provoca actos y resoluciones, excita dudas y engendra pensamientos, donde, para el individuo como para la colectividad, las alternativas de fortuna é infortunio son más grandes y las crisis extraordinarias más frecuentes, con el solo examen de los rostros, de las actitudes, de los trajes y de las costumbres se ve fácilmente que en esta última población debe manifestarse una diferencia mayor entre los individuos y que cada uno de estos individuos está expuesto á alternativas mucho más violentas de influencias de todo género; ahora bien, como semejante evolución favorece, bajo la relación moral, tanto las cualidades nobles como los defectos vituperables y provoca del mismo modo los hechos extraordinarios de abnegación, desinterés, amor al prójimo ó la lu-

cha heroica por el bien general como provoca asimismo los hechos de la avaricia, del egoísmo y de las pasiones desordenadas, se puede imaginar un centro de gravedad moral para los actos de esta población, centro del cual se alejaran los actos individuales, ya en una dirección buena, ya en una dirección mala, ó bien, en fin, en el sentido de una excentricidad moral diferente.

En una población de una evolución menor los actos todos se agruparán más cerca del centro de gravedad, es decir, que los actos excéntricos y excepcionalmente nobles serán comparativamente tan raros como los actos malos; la ley no se preocupa del gran número de actos y se limita á fijar, en ciertas direcciones, al egoísmo y á las pasiones un límite más allá del cual comienzan las persecuciones y los castigos; es, pues, muy natural que una población de un grado de evolución más elevado, con igualdad de centro de gravedad, produzca un mayor número de actos inmorales, ya porque los actos de voluntad acentuada se manifiesten más frecuentemente por cabeza, ya también porque una excentricidad mayor aleja más á los individuos del centro tanto en el buen sentido como en el malo, mientras que una parte solamente de los actos de otra población merecen ser notados; así una fuerte ola, aun en una marea baja, se lanzará más fácilmente contra los muelles que una ola más débil en una marea más alta; de esa manera son los actos penables.

No es este el sitio de desenvolver más este asunto; nos contentaremos, pues, con mostrar cuán lejos está aún la estática moral del momento en que penetrará en la psicología; las obras sueltas no tienen importancia, y no debe olvidarse jamás que, si una crítica rigurosa tiende á colocarse en un terreno sólido, los detalles más insignificantes adquirirán gran valor, mientras que sistemas enteros de la especulación, después de haber esparcido momentáneamente una brillante luz, van á sepultarse bien pronto para siempre en los archivos de la historia.